

CRECIENDO CON ENRIQUE GIL

Habiendo escrito versos en forma de aleluyas -que ilustraba esquemáticamente desde la edad de siete a ocho años- , llegando ya a escribirlos con intención poemática hacia los trece años, me había lanzado paralelamente a leer cuanto caía en mis manos.

Así fui devorando, desde la biblioteca de varios centenares de novelas policiacas de mi tío Francisco, a las novelas por entregas en volúmenes de episodios encuadernados de Nick Carter, Buffalo Bill, o Dick Turpin, o a las novelas rosa que me prestaba una vecina que dirigía un taller de costura en el ático de mi casa en Valladolid.

A medida que fui escribiendo poemas, fui eligiendo mis lecturas de manera más acorde con la expresión de mis sentimientos a partir de libros existentes en casa-como las obras de Bécquer- hasta las que podía procurarme en la Biblioteca Municipal , frecuentando así las obras de Víctor Hugo, Goethe, Gerard de Nerval o Friedrich Schiller.

En un afán abarcador, llegué durante mucho tiempo a solicitar en la biblioteca del ayuntamiento vallisoletano los tres libros permitidos en una misma vez que en mi caso solían ser, un libro de mística - San Juan o Santa Teresa de preferencia,-una novela de Salgari, y las poesías de Machado, Juan Ramón, o Unamuno

En más de una ocasión he señalado la singularidad de las circunstancias en que se desarrollaron mi infancia y mi adolescencia con un año de existencia -entre los seis y los siete- en los pueblos bercianos de Orellán y Cabañinas y varios años con mis tíos y mi abuela en Palencia o Valladolid , pero frecuentando los veranos Bembibre con frecuentes excursiones por todo el Bierzo y participación en las faenas agrícolas de temporada -vareo de las cerezas, siega, trilla, vendimia, pisada de las uvas, hornear de hogazas , cata de las colmenas, o magostos- hicieron de mí un poeta de ciudad con experiencia del campo, contrariamente a la sucedido a la mayoría de los otros poetas de mi generación que se desarrollaron casi exclusivamente como poetas urbanos.

(1)

De igual suerte creo que mi singularidad biográfica me confirió el privilegio de gozar con El Bierzo de un escenario geográfico específico en que podía hallar las características que los románticos europeos buscaban viajando a Andalucía o al Oriente Medio.

En las frecuentes excursiones a que me llevaba mi padre, pude descubrir, por fuera o a lo lejos, las estampas de los castillos de Ponferrada, Corullón , Cornatel, o Villafranca contemplar desde los espadañales lo que fuera el Lago de Carucedo, o recorrer en cualquier momento el solar próximo a casa, de lo que fuera la fortaleza del propio Señor de Bembibre.

Llegado de Valladolid a Bembibre cada verano experimentaba la diferencia de calendario entre la enseñanza privada de los jesuitas de Valladolid y la escuela pública en que enseñaba mi padre lo que me permitía hallarme a tiempo de asistir a las sesiones de lectura que en su escuela se ejercían no sobre El Quijote, sino sobre “El Señor de Bembibre”.

En el Bierzo mi padre -verdadero precursor del ecologismo- me enseñaba cuanto podía saber sobre la fauna local de corzos, aguiluchos, lobos o jabalíes, así como plantas y flores- demostrándome, por ejemplo, que bajo

la sombra de una enramada podían cobijarse unas violetas como las que inspiraran a Enrique Gil.

Mi crecimiento junto con Enrique Gil tuvo la ocasión de manifestarse públicamente cuando, en ocasión del primer centenario de su muerte organicé un homenaje público en su honor en el complejo de instalaciones culturales y deportivas, que junto con una iglesia, habían levantado estratégicamente los jesuitas a unos centenares de metros del edificio principal de la Universidad de Valladolid. Allí, con sólo 14 años de edad, protagonicé el 22 de febrero de 1946 un acto literario sobre la poesía del “ruiseñor berciano” junto con una charla sobre “El Señor de Bembibre” y logré que en la iglesia se celebrara una misa por el eterno descanso de su alma .

Así “El Norte de Castilla” de Valladolid reseñaba el 24 de febrero de 1946 la celebración del acto literario, señalando que había sido muy aplaudido. Cabe decir que para entonces yo había leído ya las obras de sus coetáneos, Larra, Espronceda, o Zorrilla , lo que me aproximaba más y más a su trayectoria.

(2)

Pasado el tiempo , quiso el destino que , en abril de 1984 -en plena guerra fría- fuese invitado a unas conferencias por la Universidad Humboldt de Berlín y la Unión de Escritores de la República Democrática Alemana, sí como a un conversatorio con el Presidente del Pen Club .

En Berlín, mi primer cuidado fue visitar el cementerio católico de Santa Eduwigis donde fuera inicialmente enterrado Enrique Gil, siendo tiempo después reducidos sus restos al vencer el período por el que se pagara inicialmente. Al día siguiente, movido por el recuerdo de Enrique Gil, viajaba a Leipzig visitando la iglesia de Santo Tomás , De allí me trasladé a Dresde donde transcurrieron sin duda los mejores años de la existencia del poeta berciano. Paseando entre los muñones dejados en la ciudad por los bombardeos aliados al final de la Segunda Guerra Mundial y las partes conservadas de la ciudad, viví las estampas melancólicas de un invierno nebuloso y asistí a un concierto en la iglesia de la Santa Cruz, como aquellos a que los que concurriría en su tiempo Enrique Gil, con obras de Johann Bach, Shubert o Weber o Johann Hermann Schein.

De regreso a Berlín recordaba la amistad que medió entre el poeta cultivó y el gran humanista que fuera Alexander Von Humboldt y este le llevó a conocer al príncipe Carlos a cuya esposa dará clase de español.

Uno de los aspectos que más sorprenden en la biografía de Enrique es la densidad de una existencia que sólo duraría 31 años. En tan corto lapso inicia estudios en el seminario de Astorga, cursa leyes en Valladolid y Madrid, fue a la fuerza soldado cristino durante dos meses y, contra la voluntad de su padre, realiza completos los estudios de seis años de Derecho, escribe poemas y saca adelante sus relatos, trabaja como bibliotecario, se documenta para escribir su novela histórica, la culmina, ofrece el manuscrito para su publicación cuando sólo tenía 37 años, aprende el alemán hasta dominarlo -dicen que con seis horas diarias de estudio- y conversa además con cierta fluidez en francés e inglés...

(3)

En 1949 , durante mi primera visita a Berlín tuve ocasión de saludar a Ildefonso Álvarez de Toledo y Merry del Val quien fuera mi compañero, no

sólo de estudios, sino de pupitre en el colegio de los jesuitas en Valladolid . Estaba al frente de la representación oficiosa del Gobierno Español en la República Democrática Alemana. Recordaba la ocasión en que se nos pedía en el colegio presentar a una obra a su autor yo había elegido justamente a Enrique Gil. Pero su preocupación creció al decirle que me proponía trasladarme a Dresde siguiendo las huellas del poeta berciano. Pese a que yo viajaba en aquella ocasión con pasaporte de jefe de misión diplomática de Naciones Unidas, temía que me detuvieran o hasta que me hicieran desaparecer...

Cabe añadir que, tras aquella celebración que organizara de centenario de su muerte en 1946, no me faltaron las ocasiones para volver a hablar de Enrique Gil , ya fuere en los años 1947-48 en el Circulo Literario Marqués de Santillana de Valladolid o en Ateneo de la ciudad cuando me cupo el honor de ser elegido secretario del mismo tras su refundación en 1948-1950.

Luis López Álvarez,
Marzo de 2015

(4)